# Escribiendo el Caribe 2019

# **CATEGORÍA A**

**ESTUDIANTES DE SEXTO A NOVENO** 

2019



El salón que no se abre Autor: David A. Sánchez E. I Liceo de Bolívar Grado: 7° Cartagena



Los fantasmas de un espejo

Autor: Eva Becerra Llanos I.E Nuestra señora del Carmen Grado 7° Cartagena

#### **MENCIÓN ESPECIAL**

La chica de los anteojos

Autor: Karol S. Jiménez León E. I Promoción Social Cartagena Grado: 9° Cartagena

#### **MENCIÓN ESPECIAL**

El último recuerdo

Autor: Karol Bohórquez E.I Luis Carlos López Grado: 9° Cartagena



# El salón que no se abre

David A. Sánchez

E. I Liceo de Bolívar Cartagena

El bullicio y la algarabía inundaban los pasillos de todo el colegio, quizá porque se acercaban las vacaciones o, porque era viernes. En el ambiente emanaba un olor extraño que venía de los baños y se mezclaba con el olor a sudor impregnado en los uniformes de los estudiantes. El sol implacable calentaba el pavimento y hacía tanto calor que no quedó una sola bolsa de agua en el quiosco. Mientras tanto, mis compañeros y yo disputábamos un partido contra los de sexto grado. Para nuestra buena suerte, el balón había caído en nuestras manos v habíamos decidido no devolverlo a menos que los de sexto ganaran el partido. El juego, sin duda, era de nosotros, pero sonó el timbre. Del otro lado de la cancha se escuchaba al profesor gritándonos que el descanso ya se había acabado. Como el partido terminó en empate, acordamos que Luis, el más alto, se quedaría con el balón, pues la semana siguiente seguramente habría revancha.

\*\*\*

El lunes se regó la noticia de la llegada de un nuevo compañero. Todos teníamos curiosidad de saber quién era y a qué hora llegaría.

- ¿Cuántos años tendrá? preguntó Paula.
- ¿Para qué quieres saberlo?, ¿Para quitarle la merienda? --contestó Héctor.
- No, tonto, es solo para saber si tiene más cerebro que ustedes —respondió Paula.
- Uyyy –corearon todos.

\*\*

La espera duró poco, pues el nuevo compañero llegó el miércoles en la tarde.

- Buenas tardes, jóvenes. Él es Marcos, su nuevo compañero —anunció el profesor de grupo.
- Buenas tardeees, Marquitos, bienvenido al mejor salón del mundooo —respondimos con ironía.
   Marcos tenía piel blanca y espinillas en la cara, usaba gafas grandes con vidrios gruesos y miraba siempre al suelo, como si tuviera miedo.
- Gracias –respondió levantando la mirada para buscar una silla.
- En la esquina, pelao, los nuevos se sientan en la esquina —dijo Héctor con una sonrisa maliciosa.

A la hora del descanso, Luis fue el primero en salir; corrió hacia el tercer piso llevándose el balón. Entre todos lo perseguimos y lo acorralamos en la esquina del viejo salón 312. En medio del forcejeo golpeamos la puerta, en el interior se escuchó un ruido extraño que nos dejó perplejos; nos vimos fijamente por unos segundos y, muertos del miedo, corrimos escalera abajo.



\*\*

La semana siguiente hubo una jornada de aseo general y, como siempre nos premiaban por nuestro buen comportamiento, nos tocó limpiar. Armados de bolsas, escobas y palas, barrimos los pasillos, limpiamos el jardín y recogimos papeles, cartulinas y cuadernos extraviados. Nos movimos con recelo por el tercer piso recordando el suceso del salón 312. Llenos de curiosidad decidimos acercarnos a husmear por las ventanas empañadas, pero no vimos nada.

- ¿Qué habrá dentro de este salón?, ¿por qué nunca lo abren? - preguntó Paula llena de curiosidad.
- No lo sé, pero se me ocurre una manera de averiguarlo —dijo Héctor mirando a Marcos disimuladamente.

El nuevo, el de las gafas grandes y los granos en la cara, no tenía idea de lo que había pasado el otro día, así que fue nuestro conejillo de indias. Le pedimos que tocara la puerta mientras cogíamos ventaja y nos largábamos corriendo por el pasillo. El muy bobo no entendía lo que pasaba, cuando nos alcanzó venía tan tranquilo que, en ese momento, pude jurar que los idiotas éramos nosotros.

Al parecer, Marcos no vio nada, así que decidimos hacer nuestras propias averiguaciones. Entre las primeras versiones estaba la de Don Arturo, el vigilante, quien nos contó que mucho tiempo atrás un grupo de jóvenes jugaban a las escondidas y uno de ellos se ocultó en un salón del tercer piso. Por más que lo buscaron, el estudiante nunca apareció. Lo más extraño del asunto es que ningún acudiente se acercó a preguntar por él. Otra versión nos llegó



a través de la seño Alma, la profesora de ética. Ella nos contó que hace mucho tiempo en el colegio un niño de apellido Gordillo fue víctima de burlas por su aspecto físico, sus compañeros lo llamaban Gordogordillo. Las burlas eran frecuentes ya que siempre se quedaba a mitad de la escalera y llegaba tarde a las clases. Un día, cansado de las burlas, Gordo-gordillo se escondió al final del pasillo justo en el salón 312, del que se negó a salir por largas horas hasta que su madre pudo convencerlo. Jamás se volvió a saber de él, no regresó al colegio, pero desde ese día, todos en la escuela escuchaban los gritos y el llanto furioso de Gordo-gordillo en aquel salón, como si nunca se hubiese ido.

Luego de escuchar aquello jamás volvimos a molestar a Marcos, no queríamos ser culpables de otra tragedia. Más bien nos concentramos en analizar con calma qué tipo de secreto guardaba el colegio; estudiantes que se van y no regresan, alumnos sin acudientes, salones que por ningún motivo se abren y ruidos extraños. Definitivamente algo estaba sucediendo y queríamos saber qué era. Fue entonces cuando decidimos investigar el misterio del famoso salón 312.

Entre nuestras averiguaciones descubrimos que el Liceo de Bolívar, antes de ser un colegio, era un seminario. Además, descubrimos con enorme sorpresa que en uno de los salones castigaban a los herejes durante el periodo de la Inquisición. Todo esto nos lo contó Julia, la propietaria del quiosco. Nadie más que ella, que ha visto pasar generaciones enteras de estudiantes, podía ayudarnos a encontrar respuestas. Julia también nos contó que el salón 312 había quedado inhabilitado hasta nuestros días a causa de un fuerte vendaval que provocó grietas

en el techo y las paredes. Por ella también nos enteramos de la muerte misteriosa de un antiguo vigilante encargado de abrir y cerrar los salones. Con su muerte, las llaves del colegio permanecieron extraviadas hasta que fueron encontradas en el tercer piso por un grupo de estudiantes. Las llaves del salón 312, sin embargo, nunca aparecieron, siendo para siempre el salón que no se abre.

\*\*\*

Las vacaciones llegaron y todos nos fuimos del colegio. Ya en casa, no pude olvidar por un solo momento los acontecimientos extraños del 312, creo que Paula y Héctor tampoco. No volvimos a hablar del asunto. Con todo lo sucedido, no hubo revancha con los de sexto grado y el grandote de Luis, después del susto, se quedó con el balón tal como quería. Marcos, el alumno nuevo, no volvió a la escuela después de las vacaciones, no supimos nada más de él, ni siguiera donde vivía.



## Los fantasmas del espejo

#### **Eva Becerra Llanos**

I. Nuestra Señora del Carmen Cartagena

En aquella hermosa mañana dominical, Ana Julia Becerra, mi abuela, ayudó en los quehaceres de la casa como de costumbre: barrió el patio, alimentó a las gallinas, trapeó los pisos, desempolvó los muebles y preparó el desayuno. A la diez de la mañana ya había limpiado toda la casa, solo le faltaba una tarea que debía hacer con mucho cuidado: limpiar el espejo de su cuarto.

Cuando Ana Julia se acercó al espejo que colgaba de la pared, recordó la advertencia que le hizo Inocencia, su madre: "nunca debes poner un espejo sobre la cama". Mientras Ana Julia limpiaba el espejo con esmero, se escuchó un estruendo que venía de la calle: eran los relinchos de un caballo desbocado. Ana Julia, del susto, sostuvo el espejo para evitar que se cayera, pero, sin saber cómo, el enorme marco de madera y cristal se le vino encima y cayó

sobre la cama. Desde entonces Inocencia no volvió a ver a su hija. Primero pensó que había salido a ver el alboroto de la calle y no se preocupó. Luego, cuando se percataron de su ausencia, empezaron a buscarla. En la noche los vecinos del pueblo se unieron a la búsqueda de Ana Julia. Su hermana menor dijo que quizá se había ido a la casa de su tía; una vecina indiscreta insinuó que se había volado con Manuelito, un muchacho que la pretendía. La madre de Ana Julia se dirigió entonces a la casa del joven, quien desmintió la versión. Inocencia no tuvo más opción que recurrir a la vieja Anastasia, la curandera del pueblo, quien aseguró que Ana Julia se encontraba más cerca de lo que imaginaban con solo leer las cenizas de un tabaco.

Después de tres días de la desaparición de Ana Julia, Inocencia recordó la vieja historia de una joven de Sincé que desapareció después de poner un espejo sobre la cama. Solo entonces le pareció sospechoso que el espejo de Ana Julia estuviera en su cama y no en la pared. Se le ocurrió llamar a Anastasia, la curandera, para contarle la historia del espejo. Anastasia prendió su tabaco y musitó oraciones en un lenguaje incomprensible. El humo rodeó el marco del espejo y se escucharon ruidos muy extraños, entre ellos se distinguía el galope de un caballo. Anastasia cayó de rodillas temblando ante el espejo, un sudor frio le calaba los huesos.

De pronto Anastasia tomó valor, se levantó y le pidió a Inocencia que tapara el espejo con una sábana blanca y buscara al párroco de Sincé. Inocencia llamó a Julio, su esposo, quien enseguida salió en búsqueda del párroco. Cuando iba a mitad de camino, Julio se encontró con el padre Jacinto, el párroco de Sincé, que venía de oficiar una misa en Malagana. Julio le



contó al padre lo que estaba sucediendo en su casa y este decidió acompañarlo.

Al llegar, el padre Jacinto pidió a los trabajadores que llevaran el espejo al patio y lo pusieran a un lado de la alberca, pero estaba tan pesado que solo pudieron sacarlo entre seis hombres. Cuando por fin lo movieron, el padre ordenó que fueran a la iglesia y trajeran una figura de la Virgen del Socorro que tenía en la casa cural. El espejo se empezó a poner oscuro y emitía ruidos extraños. A lo lejos se escuchaba un caballo relinchando furiosamente. En minutos, la noticia se regó por todo el pueblo, "donde la familia Becerra estaba el demonio y tenía atrapada a Ana Julia en el espejo", decían.

Eran las cuatro de la mañana, habían pasado varias horas y nada de lo que hacía el padre parecía funcionar. La familia de Ana Julia seguía reunida en el patio rezando al unísono, mientras el padre Jacinto sostenía la figura de la Virgen del Socorro que le habían traído y gritaba el nombre de mi abuela frente al espejo.

Al cabo de un rato, el padre Jacinto reunió a toda la familia, les explicó que un espíritu maligno tenía atrapada a Ana Julia en el espejo y pidió que buscaran cuatro mujeres vírgenes para el exorcismo, pues este espíritu solo se podía combatir con fe y pureza. La familia Becerra salió a buscar a las cuatro jóvenes, pero no fue tan fácil como esperaban. Las madres de las jóvenes se escandalizaron ante la petición del padre Jacinto y pidieron al alcalde que ninguna de las adolescentes del pueblo se prestase para tamaño riesgo, pues era posible que el espíritu del espejo se quedara con una de ellas. El alcalde, que tenía dos hijas adolescentes, estuvo de acuerdo

y prohibió la participación de las mujeres del pueblo en el exorcismo.

El padre Jacinto decidió entonces buscar a las señoritas en las veredas y corregimientos de Sincé. Al cabo de un par de días ya tenían a las muchachas y empezaron los preparativos del exorcismo. Las jóvenes cargaron el espejo con mucha facilidad y lo sostuvieron encima de la alberca. En el reflejo del espejo se alcanzaba a distinguir un caballo negro con ojos de fuego que custodiaba a Ana Julia entre unos arbustos secos.

El padre rezaba en latín, armado solamente con agua bendita y una figura de la Virgen del Socorro. Julio hacía retumbar con todas sus fuerzas un tambor, mientras Inocencia y el resto de la familia oraban en un extremo del patio en un altar improvisado. Cuando el padre rezaba se empezó a mover el agua de la alberca y el espejo se doblaba como si fuera de papel. Las jóvenes que lo sostenían ya estaban quedando sin aliento. Se oyeron truenos y relámpagos y de pronto salió mi abuela Ana Julia disparada del espejo y calló en la alberca.

Las muchachas que sostenían elespejo desfallecieron. El espejo se partió en mil pedazos y Julio corrió a sacar a su hija de la alberca. El padre duró ocho días en cama. A pesar de lo sucedido, mi abuela Ana se recuperó de tamaño susto y siguió siendo tan buena como la conocemos. Desde entonces, el pueblo de Sincé se apegó más a la iglesia y a la Virgen del Socorro, a la que le rinden homenaje el ocho de septiembre de cada año.



# La chica de los anteojos

#### Karol S. Jiménez León

E.I Promoción Social Cartagena

Corría el año 1923 cuando un joven elegante de veinticinco años subió a un tren. Era temporada de vacaciones, muchas familias viajaban y el tren estaba lleno. El joven no le dio importancia a la situación, buscó un espacio libre, guardó sus maletas y se acomodó en su asiento. Como el viaje era largo y estaba realmente cansado, el joven cerró los ojos esperando conciliar el sueño. Al cabo de un instante escuchó una risa tan delicada y tierna que le estremeció el corazón.

El joven abrió los ojos para ver quién le había generado aquella extraña sensación, pero no pudo ver a nadie. Él, intrigado, pero también bastante cansado, decidió volver a su siesta cuando de repente la escuchó nuevamente. Se levantó y la vio. Era una hermosa dama de aproximadamente veintidós años, alta, delgada, de cabello castaño y largo; por su vestimenta, su forma de hablar y sus acompañantes, el joven pudo deducir que se trataba de alguien de clase alta.

El joven quedó tan impactado con su belleza que no podía apartar la vista de ella. Lo impresionó su rostro fino adornado con anteoios. Al cabo de unos minutos la joven levantó la mirada, lo vio y le regaló una sonrisa tan cálida que pensó que su corazón se detendría. El joven se sintió avergonzado y apartó su mirada de ella, pero no quería perderla de vista, así que decidió posponer su siesta y se dispuso a mirar por la ventana del tren. De vez en cuando volvía su mirada para observarla nuevamente. Pasados unos minutos llegaron a una estación, él volteó para ver si ella se bajaría y sintió tristeza al notar que sus acompañantes se levantaban para marcharse, pues él pensó que ella se iría con ellos. Su alivio fue inmediato al percatarse que no era así y sintió una pequeña alegría en su corazón, pues supo que era la oportunidad perfecta para poder entablar una conversación con ella. El problema era que él era una persona muy tímida y, aunque sabía que no encontraría un mejor momento para acercarse, no sabía cómo iniciar una conversación.

La duda lo asaltó por completo y ensayó en su mente una y otra vez las palabras adecuadas para aquella situación: "ehh, perdona, te estuve observando desde hace un rato y me pareciste una chica muy bella, ¿podríamos charlar un rato?". Parecía grotesco. Esa era una entrada de conversación muy atrevida y picara, algo así no encajaba con él, así que rechazó cualquier idea de entablar una conversación con ella. Molesto y algo decepcionado con él mismo por no tener el valor suficiente para ello, se dispuso a seguir durmiendo, perdiéndola así de vista al ver que ella se concentraba leyendo algunos documentos.

Finalmente, el chico se quedó dormido. De pronto algo hizo que despertara, se dio cuenta de que

habían llegado a una nueva estación. Él dirigió su mirada hacía donde estaba la chica y observó que ella también se había quedado dormida, pero que acababa de despertar. La chica agarró los documentos, salió rápidamente y, sin darse cuenta, dejó olvidados sus anteojos en el asiento. El joven, al percatarse de la situación, vio una oportunidad perfecta para hablar con ella. Buscó los anteojos y fue a entregárselos, con tan mala suerte que la cantidad de gente que entraba y salía no dejaba que él avanzara para alcanzarla. Se desesperó, pues no quería perder tremenda oportunidad con ella.

Logró salir como pudo, pero ya no la veía por ningún lado. Les preguntó a varias personas por ella, ninguno le daba razón. Entonces se dirigió al guardia de la estación, él tendría que haberla visto, ¿sería capaz de recordar el rostro de la joven con la cantidad de gente que tendría que ver a diario? El no lo sabía, pero nada perdía con preguntar. Si la suerte estaba de su lado quizá le podría ayudar. Cuando le preguntó, el guardia respondió que sí, pues la chica también le había pedido ayuda con una dirección y él amablemente le indicó cómo llegar. El joven, agradecido, le pidió al guardia que le indicara el camino que había tomado la joven v este accedió. Fue entonces que el joven cayó en cuenta que, por salir de prisa, se había olvidado por completo de su equipaje y que solo contaba con el dinero que llevaba encima. Se desesperó, no sabía si quedarse en la estación reportando sus maletas desaparecidas o ir tras la muchacha de los anteojos, pues a pesar de que ya tenía su dirección no sabía si ella permanecería en ese lugar. No lo pensó dos veces y decidió ir tras ella, si alguien llevaba sus maletas a la oficina de cosas desaparecidas guizás él podría reclamarlas más tarde. Tomó el primer taxi que vio y



le pidió que lo llevara a la dirección que le indicó el guardia.

Cuando llegaron a dicho lugar era demasiado tarde, así que el joven decidió postergar el encuentro y buscó un pequeño hotel cerca del lugar. Al día siguiente, cuando por fin llegó a la dirección, le informaron que la joven estuvo allí, pero que ya se había marchado. El joven se sintió algo decepcionado, pero nada perdía con preguntar nuevamente la dirección de la joven. Le dijeron que no tenían autorización para dar esa información.

El joven comprendió que, si estuviera en el lugar de la chica, no le agradaría que le dieran la información de su paradero a personas desconocidas. Algo triste por no poder encontrarla, se dispuso a regresar a la estación para recoger sus cosas y retomar su viaje. Cuando finalmente llegó a la estación, había reclamado su equipaje y estaba esperando el tren, la vio. Era ella la joven que tanto había buscado. Intentó llamarla, pero desconocía su nombre.

Se dirigió tímidamente hacia ella. Cuando ya estaba muy cerca sonó el silbato del tren, el joven se asustó y dejó caer los anteojos. Él se agachó y los tomó rápidamente, pero al levantar la mirada observó que ya el tren había llegado y ella se embarcaba en él. Corrió muy rápido para alcanzar el tren y fue el último en subir. Estando adentro, caminó y caminó entre los vagones hasta que finalmente la encontró. El joven se quedó observándola por unos instantes antes de entregarle los anteojos. Al parecer, ella era una mujer de negocios. Eso lo dedujo al observar que alguien le entregaba algunos documentos que no podía leer buen a falta de sus lentes. Él vio el momento perfecto para convertirse en su héroe

salvador y se dirigió hacia ella caminando lentamente con los anteojos en la mano. Ella lo vio y le pareció una gran casualidad encontrarse con el mismo hombre dos días seguidos en trenes diferentes. Se miraron y sonrieron mutuamente, como si se conocieran desde siempre. De repente escucharon un ruido ensordecedor y todo a su alrededor se volvió oscuro. El tren había chocado y todos a bordo habían perecido. El joven despertó sobresaltado y miró a su alrededor confundido, al parecer todo se había tratado de una pesadilla. Se calmó y decidió retomar su siesta. Cerró los ojos y, en la oscuridad más profunda, cuando ya casi estaba nuevamente dormido, alcanzó a escuchar "es ella, la chica de los anteojos".



# El último recuerdo

#### Karol Bohórquez

E. I Luis Carlos López Cartagena

#### Pov colono

Han pasado más de cuatrocientos días desde que abandonamos nuestras tierras para descubrir y explorar nuevos territorios a nombre del rey. Contra todo pronóstico, descubrimos un nuevo continente tan próximo del nuestro que en cuestión de horas arribaremos a sus playas.

Al llegar, soy de los primeros en descender de la nave, siento curiosidad por lo que hay más allá de la costa, pero mi cabeza delibera si adentrarme en la selva o ayudar a bajar la carga. Un súbito impulso me anima a ir tras los exploradores. Miro a todos lados, el territorio es agreste, me asusta pero puede más mi deseo de aventura. Tras horas de caminata, retrocedemos hacia el mar ante la inminencia de una noche repentina. El encargado de trazar el mapa desaparece y con él todos los demás. Me veo solo a la mitad de la noche, sin rumbo, en medio de un territorio desconocido.

#### Pov nativo

Cuando el dios Sol roza la tierra con su mano v llena de luz los entresijos de la maloca, despierta la frenética actividad en la tribu. Tomo una canasta v me dirijo a paso tranguilo a mi zona de trabajo. como de costumbre. Alegre y danzante el cultivo ondula con el viento, como recordando la música de los tambores de la noche anterior. Mi canto lleno de euforia se regocija aún más al ver la canasta repleta de frutos jugosos y coloridos. Canturreo un poco más y al darme la vuelta para el regreso veo a un hombre alto de tez pálida y pelo tan claro como sus ojos. Me quedo paralizada por un momento, hasta que el estallido más estruendoso que jamás escuché retumba como un ravo arroiando una bola de fuego que pasa a centímetros de mí. Miro a todos lados buscando una ruta de escape, las explosiones se suceden aumentando el caos, mientras corro desorientada sobre los cuerpos ensangrentados de mis compañeros. Siento el golpe agudo del fuego atravesando mi brazo izquierdo y travendo a mis ojos el sueño.

#### Pov colono

Luego de pasar la noche resguardado bajo un árbol, me dispongo a resolver el acertijo de mi regreso con los demás. De repente, siento que una mano acomoda una piedra afilada como un cuchillo debajo de mi cuello, mientras otra alarga una flecha indicando que me mueva. Más tarde, guiado por un par de nativos, camino por un sendero atestado de hombres con lanzas. Los sigo con docilidad, con la esperanza de conservar la vida hasta el último momento ¡Me arrepiento de tantas cosas ahora mismo!



De repente se escucha una detonación, en segundos me veo rodeado de lanzas, flechas y disparos ¿Asisto al comienzo de la guerra entre dos civilizaciones? Seguramente. Sin embargo, logro identificar los posibles vencedores ocultos disparando como maniáticos, matando a sangre fría todo lo que se mueve. Algún nativo me ha tomado desprevenido por la camisa, apartándome del lugar del combate, me guía con su lanza hasta el lugar donde se encuentra, quien parece ser, el sabio del pueblo.

#### Pov nativo

Despierto y me arrastro en medio de los arbustos intentando huir de la muerte. Aún tengo fuerzas para escapar. No puedo morir así en manos de unos seres despiadados, sin hacer nada por defender a mi pueblo. El hombre de ojos claros me alcanza y me levanta bruscamente, luego me conduce a patadas y empujones hacia un lugar desconocido. ¿Qué hemos hecho para merecer esto? Pienso. Desconozco quienes son y de donde vienen. Estoy segura de no haberles visto nunca antes. Tampoco sé en qué le faltamos a los dioses para merecer el exterminio. Llegamos a un lugar lleno de hombres, algunos ensangrentados. Hablan una lengua extraña que no logro entender. Me arrojan al piso mientras ríen. Estoy asustada, tengo miedo e ira a la vez. Uno de ellos señala algo en mí que despierta profundo interés. De nuevo me levantan y me arrastran a otro lugar. Me opongo con todas mis fuerzas, ya me estoy cansando del morbo de estos sujetos. Meior será morir de una vez que ver de nuevo los campos cubiertos con la sangre de mi gente ¿Los han matado a todos? Pataleo v me sacudo llorando mientras ellos me arrancan los adornos de mi cuello v. deslumbrados por su brillo, preguntan por más.



#### Pov colono

Mis compañeros se acercan, traen un grupo de rehenes, entre ellos una mujer ensangrentada que despierta gran interés entre mis captores, la traen a la fuerza. Mientras se acerca, siento como el joven aguza su lanza firmemente sobre mi cuello como forma de advertencia para los invasores. El sabio del pueblo observa a la chica y sus captores. Es una mirada firme y severa, a diferencia de la mirada de mis compañeros, en la suya no hay ambición ni crueldad; en cambio, en la mirada de los míos exhala un hálito a muerte, sus ojos desean sangre. Me repulsa pensar que hago parte de un escuadrón de asesinos, aunque en este momento no tengo elección, si es que tengo intenciones de sobrevivir. De nuevo un disparo. El sabio está en el suelo bañado en sangre. La ioven prisionera se estremece violentamente zafándose de sus captores para abrazar el cuello del recién caído, mientras el joven indignado aguza su lanza perforándome la espalda. Yo solo puedo gritar, suplicar. Segundos después, el cuerpo del joven cae sobre mí, víctima de una ráfaga de metralla de la que ni yo mismo salí bien librado.

Pov nativo

Nos acercamos y veo a un joven enemigo cerca de mi padre y su vigía, al parecer lo tomaron prisionero y esperan hacer algún tipo de canje. Caminamos directo hacia ellos cuando una voz detrás de nosotros nos detiene. Se escuchan de nuevo sus armas que vomitan fuego. Una de sus malditas piedras atraviesa el rostro de mi padre. Grito con todas mis

fuerzas, lucho hasta que me libero y corro hacia

donde agoniza mi padre para acompañarlo en su última visión de este mundo. El joven rehén yace en el piso mal herido, escucho como agoniza. Es igual a los demás, pero tiene aspecto de trastornado. Entonces comprendo el nivel de crueldad de mis captores, ni se inmutan por ayudarle, en cambio veo cómo se ríen. Ellos no tienen honor, son seres egoístas, los dioses les darán su merecido. Yo soy la siguiente.

Me acechan, me miran con sus ojos astutos pensando que escaparé. Me levanto y alzo mi cabeza, asumo mi destino. Estoy lista para morir y entregarme a la diosa de la luna. Mi corazón late con fuerza y lo pronosticado sucede: muero aquí.

# **CATEGORÍA B**

**ESTUDIANTES DE DÉCIMO A ONCE** 

2019



#### Montelibano

**Autor: Elías Sehuanes** 

I. E Promoción Social de Cartagena Grado: 11º A Cartagena

#### MENCIÓN ESPECIAL

Querida Madre

Autor: Melany A. Perdomo Contreras I. E Promoción social Grado: 10° A Cartagena



#### El bus de la adrenalina

**Autor: Alexander Lara Calvo** 

I. E Mercedes Abrego 11° A Cartagena

#### **MENCIÓN ESPECIAL**

Plumaje Precario

**Autor: Juan Camilo Pérez Martínez** 

I. E Luis Carlos López Grado: 10° Cartagena



### Montelíbano

#### Elías Sehuanes

I. E promoción Social de Cartagena Cartagena

Montelíbano es un pueblo situado en el valle del río San Jorge, al sur del departamento de Córdoba. En este pueblo solo hay una iglesia, una estación de policía y un centro de salud. Sus habitantes viven de la pesca y la agricultura. Ningún producto sale ni entra, así que cada familia tiene su propia canoa y sus propias tierras para cultivar los alimentos.

En Montelíbano hace tanto calor que caminar por la única calle pavimentada se siente como transitar por un sendero hacia el infierno. Aunque los habitantes de este pueblo están acostumbrados a las altas temperaturas, el calor los ha devastado tanto que los niños ya no salen a jugar y los mayores no pueden ni estirar los huesos. Algunas personas dicen haber visto a las gallinas poner los huevos cocidos; otras dicen que es el juicio de Dios: traer el infierno a la tierra por los pecados de los brujos que fundaron este pueblo desierto. Esos rumores sirvieron, por lo menos, para ahuyentar a los ladrones y malandros que antaño habitaron Montelíbano.

En Montelíbano, donde las historias abundan más

que el arroz, se dice que un día el agua del rio estará tan ardiente que los peces volarán por el cielo buscando nuevos rumbos. Entonces el pueblo será reconocido en todo el mundo y no faltará comida en ninguna mesa. Algunos dicen que la gran campana de metal que desapareció de la iglesia se derritió o evaporó. A pesar de no haber tanto calor para derretir el metal, hay el suficiente para que los plátanos se sancochen por sí solos. Los niños, de vez en cuando, corren con temor y angustia jurando que han visto al mismísimo diablo de cola y trinche jactándose un boli de borojó donde Sofía, la anciana que hace los mejores bolis del pueblo. Así son las historias en Montelíbano, algunas exageradas y otras muy poco creíbles.

La gente del pueblo concuerda en que todo ese fogaje es culpa de la famosa "Bola e' Candela", un aparato o espanto que algunas veces se deja ver en las noches como una lamparita encendida en lo más lejos del monte, detrás de los potreros. Pero lo más peligroso es cuando sale al amanecer porque la "bola e'candela" provoca que los días en Montelíbano se vuelvan más calientes. Verdad o no, eso es lo que cuenta la gente.

Lo que sí es cierto es la extraña y muy incómoda ola de calor que azota al pueblo. Yo llegué de la ciudad para visitar a mi abuela, aprovechando las vacaciones de Semana Santa. Me sorprendió lo extremadamente caluroso que puede llegar a ser el día. En la noche intenté conciliar el sueño, pero es casi imposible dormir. Cuando por fin lo conseguí, fui levantado ferozmente por mi abuela.

—¡Levántatele, flojo. Hoy es domingo, día de misa. ¡Vaya a bañarse rápido pa' que le den la bendición en

la iglesiaaa! —dijo casi gritando después de echarme un vaso de agua fría en la cara.

- -Cinco minuticos más -le dije.
- -¿Tú acaso no respetas?, levántate enseguida, ¿acaso quieres que te agarre la Lamparita en la noche? -respondió mi abuela.

Como perro regañado obedecí a medias. No soportaba el regaño, así que después de un baño rápido me vestí y salí rumbo a la iglesia. Como quien no quiere la cosa, tomé una desviación y fui a orillas del rio a jugar dominó con aquellos que, al igual que yo, se habían rebeldizado de sus compromisos dominicales.

Después de un domingo normalmente aburrido, ya de noche, decidí acostarme en mi hamaca para tratar de dormir un poco. De repente, a lo lejos, arriba del monte, en lo más oscuro del lugar, me pareció ver la luz de una lamparita que parecía acercarse poco a poco. Sentí un calor repentino que en segundos se convirtió en escalofrío. Cuando volví la vista. la lucesita ya no estaba entre los montes ni potreros, ahora las calles parecían tener un trasfondo luminoso. El pequeño resplandor estaba cada vez más cerca v más grande. Mis nervios no soportaban tanta presión. Quise gritar del susto, pero no pude; mi garganta estaba seca. Luego sentí la presencia de alguien justo detrás de mí. Me volteé mirando al suelo para no ver la presencia horrorosa que imaginaba. Curiosamente nada ocurrió. La luz aún no se había ido, podía verla disimuladamente por entre los agujeros de las costuras y los remiendos de la hamaca. Levanté la cabeza y miré hacia la calle, justo en ese momento se escuchó una carcajada macabra. Logré distinguir un rostro de piel arrugada y ojos saltones encandilados por la luz de una lamparita.

A misa no fuiste, mal escogiste, tu castigo tendrásdijo.

Un torrente de sangre fría recorrió mi cuerpo, sentí que se me iba la vida. Cuando por fin aclaró la habitación, pude ver que era mi abuela en pijama con su lámpara de noche riéndose de mi cara de pánico.

- -Abue, ¿usted es la Lamparita? -le pregunté tartamudeando.
- –Mijo, usted es como medio bobo. Yo no soy ninguna Lamparita, ojalá lo fuera –respondió casi riéndose.

Tomó su vaso de agua y su lámpara, apagó las luces de la habitación y se despidió. Al día siguiente en el pueblo solo se escuchaba hablar de una cosa: todos habían visto la Lamparita. Me sentí aliviado de no ser el único.

Justo cuando se acabó la Semana Santa, los más borrachines y menos creyentes del pueblo montaron tremenda fiesta con guacharaca, caja, acordeón y, por supuesto, ron. La fiesta se extendió hasta muy entrada la madrugada. No podía dormir del escándalo. Después de unas horas, casi como una estrella fugaz, la inexplicable luz de la Lamparita apareció entre las sombras, nuevamente estaba entre lo más lejos y oscuro del lugar. Observé por la ventana que, al igual que yo, dos de los borrachos de la fiesta observaban aterrados la pequeña luz a la distancia. Intuitivamente busqué a mi abuela y la encontré dormida, así que concluí que no era ella el popular espanto. Me llené de valor para atravesar la puerta. Afuera dos borrachos de la fiesta discutían si ir o no tras la lucesita. Reconocí a uno de ellos



que era conocido como Iguazo, él fue el primero en tomar la iniciativa.

Detrás de él iba su amigo borrachín y, de último, muerto del miedo, estaba yo.

Nos acercamos poco a poco con pasos temblorosos, caminábamos indecisos pero cada vez más cerca. La lamparita se escondió en lo más profundo de la oscuridad: aun así, avanzamos hasta que estuvimos a unos pocos metros de ella. Teníamos la sensación de ser observados con malicia por los árboles, cada uno soportaba como podía los deseos de mirar hacia atrás y salir corriendo, ninguno lo hacía para no mostrar cobardía ante los otros. Cuando por fin nos acercamos vimos con claridad que la fuente de aquella luz era una lámpara común y corriente colgada en la rama de un árbol. Aquella luz nos llenaba de miedo, provocaba angustia y desesperación. Entonces Iguazo, aterrorizado, lanzó una botella de cerveza en dirección a la lamparita. Un grito de dolor se escuchó desde la oscuridad haciendo temblar el árbol, provocando que la lampa cayera al suelo y se esfumara su luz. Los dos borrachos no soportaron y repentinamente echaron a correr. Después que mis oios se acostumbraran de nuevo a la oscuridad. observé sorprendido una escena que no imaginé: en una improvisada cama de hojas dos jóvenes se daban amor. Con ellos había nacido la Lamparita.

Al día siguiente, de regreso a la ciudad, empezó a llover casi como una señal del cielo.

Ya en el bus, me acomodé en el asiento, me puse los audífonos y comí un sánduche que mi abuela me había preparado. Para mi sorpresa, encontré un papel delicadamente puesto sobre el pan, con una nota de mi abuela que decía:

Vuelve pronto hijo, me hace bien tu visita. Recuerda que en un pueblo nunca se acabarán las historias, hay más espantos de los que te imaginas, ¿has escuchado hablar de la pata sola? Dicen que aparece cuando llueve, sobre todo a desconocidos y visitantes.



# El bus de la adrenalina

#### **Alexander Lara Calvo**

I. E Mercedes Abrego Cartagena

¡Oye, tú; sí, tú! Échate para acá, te voy a contar una historia de esas que suben la adrenalina. Presta mucha atención para que no se te escape nada porque vamos a millón.

Marc Flyrus había escuchado las historias de un bus fantástico, el más rápido e inimaginable, capaz de mostrar la realidad de la ciudad de otra manera, reconocido como Ternera a Mil. Un día, a las diez de la noche, Marc manejaba bicicleta frente a su casa cuando de pronto una voz misteriosa le susurró al oído, «Marc, Marc súbete al bus Ternera a Mil en la calle Tomate, él te llevará a otro mundo, a una ciudad fantástica llamada Cartagena de Indias».

Marc, haciéndole caso a la misteriosa voz, manejó sin parar hacia la calle Tomate. Aún no había pasado el bus, así que dejó la bicicleta guardada en un parqueadero que atendían dos venezolanos y se sentó en el andén de la carretera a esperar. El tiempo corría, Marc ya estaba desesperado y ansioso, hasta que...; Huepajé! del cielo venía bajando el bus a toda velocidad con un gran nombre "Ternera a Mil".

Sin pensarlo Marc extendió su brazo derecho, sacó su dedo índice y cuando el bus se estacionó, subió y emprendió una gran aventura. El bus tomó la ruta de la vía del Bosque. Marc, muy emocionado, inició una charla con Chofe, el conductor. Además de conducir, Chofe sabía un poco de historia, política y le gustaba hablar del medio ambiente.

-¿Por qué esta vía de Mamonal está tan fea? ¿De dónde sale ese humo negro contaminante? - preguntó Marc.

—Pues, esta zona es Mamonal, el sector industrial de la ciudad. Esta es la parte donde laboran la mayoría de empresas industriales de Cartagena, que producen muchos desechos tóxicos que terminan en el mar. Ese humo negro que tú dices es un gran contaminante, causa daños a la capa de ozono y la destruye lentamente. La carretera es fea porque por aquí transitan con frecuencia mulas y carros pesados. Tú bien sabes cómo está la cosa política en Cartagena; con tanta cambiadera de alcalde se les olvida cambiarles la cara a las carreteras —Respondió Chofe entusiasmado, como si le apasionara el tema. Chofe hablaba sosteniendo el timón y mirando hacia el frente, pues sabía que llevaba muchos pasajeros que confiaban en él.

—Bueno, continuamos el tour. La siguiente parada será la Vía Perimetral, un barrio de Cartagena muy vulnerado que se encuentra en situación de pobreza extrema; se puede decir que es un barrio de alto riesgo —anunció Chofe en voz alta sin despegar su atención del timón. Marc, que miraba por la ventanilla muy entusiasmado, le preguntó a Chofe por qué el gobierno y la alcaldía no hacían nada para solucionar o ayudar a combatir tanta pobreza.

—Eso mismo me pregunto yo, Marc, pero ajá. Los políticos hacen mal uso de los recursos públicos y no ayudan a las personas que lo necesitan, no se preocupan por ellos. Cartagena "la fantástica" no tiene nada de fantástica en este sector; a ellos solo les importan los sectores que generan plata —dijo Chofe. Parecía que iba a llorar porque su voz se quebró un poco, pero luego suspiró y agregó en voz alta: —Siguiente parada, el Centro de "La fantástica". Marc estaba muy emocionado porque había escuchado hablar mucho de Cartagena "La fantástica" y estaba ansioso por conocer el Centro. Escuchaba la voz enérgica de Chofe que decía: —¡Atención, atención! Llegamos al Centro en el bus de la adrenalina ¡TERNERA A MIL! ¡Quítense los

Marc, muy alegre, miraba el paisaje como quien ha visto el mar por primera vez. La voz de Chofe parecía llegarle de muy lejos, pues estaba impresionado con todo lo que veía. Ya no tenía que buscar en internet las imágenes del Centro que ahora tomaban forma frente a sus ojos: las Murallas, la Serrezuela, Marbella, la Torre del Reloj y los Pegasos del muelle que parecía que en cualquier momento emprenderían vuelo. La gente se sentía como en su propia casa, las personas sonreían alegres y saludaban como si fueran amigos desde hace tiempo. Era como un sueño, Marc tuvo que pellizcarse más de una vez para convencerse de que era real.

cinturones de seguridad, que ya llegamos!

Después de ese pequeño recorrido por el Centro histórico de la fantástica, Chofe decidió hacer una

última parada en las playas de Bocagrande para mostrarles a Marc y a todos sus pasaieros

las hermosas playas de Cartagena. Cuando llegaron, Marc se quitó los zapatos y sintió la arena tibia bajo sus pies, recibió los rayos del sol y disfrutó del ambiente marino bajo una palmera. Minutos después vio a una hermosa palenquera con pollera colorida y una ponchera sobre su cabeza. Sonrió al escuchar su voz cantarina:

«Alegría, caballito, enyucaaaaado. Alegría, alegría. Casero cómpreme a mí que vengo del barrio Getsemaní.»

Marc llamó a la palenquera, pues sintió curiosidad por lo que vendía y decidió comprarle diez mil pesos en dulces para probarlos todos.

Mira pelaito, cuidao que te va a dar un dolor de estómago con esa cantidá de dulce que te has comio.
Yo no me hago responsable si quedas enamorao del sabor palenquero y de sus cocadas —le dijo la palenquera.

La palenquera y Marc se rieron al mismo tiempo. Él se enteró que su nueva amiga se llamaba Tomasa, que los dulces los hacía ella misma y que en su pueblo, Palenque, las mujeres son muy trabajadoras y llegan a la ciudad muy de madrugada a vender dulces y ensaladas de frutas. Marc se despidió de ella, quien le recomendó visitar Palenque y conocer más de su cultura.

Después de dos horas, Marc regresó al bus de la adrenalina y su estómago parecía un ascensor con tanto sube y baja de emociones.



—Marc quedaste enamorao de la costa, es que en este lugar hay mucho sabor y alegría, si tú vinieras a las fiestas novembrinas disfrutarías con los desfiles de Independencia, bailes y cabildos —le dijo Chofe sonriendo.

Chofe puso en marcha el bus y llegando al semáforo de Torices disminuyó la velocidad para comprar dos raspaos de mil pesos para compartió con Marc. El refresco les hizo congelar los dientes y reírse un rato. Más adelante, a la altura del mercado de Bazurto, se subió un vendedor ambulante que saludó con alegría a Chofe. Ante la situación, Chofe le dijo a Marc que admiraba la tenacidad del que busca su pan todos los días de manera honrada, pero que, al mismo tiempo, le daba rabia que en Cartagena hubiera tan pocas oportunidades.

En ese momento se subió al bus un vendedor ambulante y le pidió permiso a Chofe para vender su producto. «Buenas tardes queridos pasajeros, perdonen la molestia. Yo sé que esto a veces fastidia, pero ¡aja! yo me gano la vida así. El día de hoy les traigo un bollito 'e mazorca hecho a mano con mucho amor. Me ayudarían bastante si me compran aunque sea uno. Esto habitualmente en las tiendas lo encuentras en mil pesos, pero por el día de hoy estaré vendiendo uno por ochocientos pesos y los dos por mil quinientos pesitos; aprovechen esta oferta y que tengan un buen día.»

El vendedor pasó por cada asiento del bus hasta que llegó donde Marc. El chofe lo miró con complicidad y Marc sacó lo último que llevaba en el bolsillo, lo poco que tenía no le alcanzaba para mucho, pero Chofe puso el resto y entre los dos compraron los últimos bollos que le quedaban en la olla. El

muchacho agradeció con una gran sonrisa que dejó ver una dentadura muy blanca. Estaba muy feliz de regresar a casa con toda la venta hecha.

Marc se empezó a comer su bollito de mazorca con queso mientras que Chofe, con una sonrisa en su rostro, advertía: «bueno, pónganse los cinturones de seguridad que voy a darle sin parar a este bus, vamos a hacer el último recorrido de sus vidas, ¡será pura adrenalina! Hoy es el día en que todos morimos ¡pero de felicidad!»



## Querida Madre

#### Melany A. Perdomo Contreras

I. E Promoción Social Cartagena

La mañana del 10 de septiembre de 1986 ocurrió un incidente inusual en un pueblo llamado Baiona. A las 7:00 AM la policía informó el hallazgo del cadáver de una mujer sin identificar al fondo del río. En el informe se registró que la mujer había sido decapitada y que la cabeza aún seguía desaparecida. Durante esa semana, el pueblo estaba muy alarmado por el terrorífico suceso. Aunque el cuerpo policial había realizado una búsqueda exhaustiva, aun no tenían ninguna pista. Todo era un misterio.

La mañana del 17 ya había noticias sobre el caso. El cuerpo de la mujer había sido identificado como Susan Greenwood, la costurera y madre soltera de Samantha Greenwood, joven de 15 años de edad que padecía leucemia. Su madre, Susan, era la única persona que se preocupaba por ella, el único pariente cercano y su única amiga. También era la única que la cuidaba constantemente debido a su enfermedad.

El siguiente paso de la policía fue interrogar a todos los vecinos, compañeros de trabajo y amigos del club de lectura al que Susan asistía todos los miércoles. Nadie había visto o escuchado nada la noche del suceso, excepto el señor Smith, quien escuchó varios gritos provenientes de la casa de la fallecida.

Al escuchar esto, el cuerpo policial procedió a revisar la casa, a todas estas, Samantha estaba desaparecida. La policía sospechaba que habría tenido el mismo destino de su madre o que había sido secuestrada por el asesino, pero la inspección reveló algo más espeluznante. En la habitación de Samantha encontraron un libro llamado Invitado a una decapitación de Vladimir Nabokov, junto a una nota que decía:

"Querida madre, ¿recuerdas cuando me decías que las pesadillas eran pasajeras? ¡Te equivocaste!"

El libro encontrado había sido el elegido por el club de lectura la semana anterior al asesinato. Al parecer, Samatha había premeditado el asesinato de su madre tomando como inspiración el título del ejemplar. Pero lo que aún no quedaba claro es qué razones tenía Samantha para matar a su propia madre, la única persona que se preocupaba por ella, la única persona que tenía a su lado.

Lo que los policías no sabían era que Samantha había conocido a espaldas de su madre a Christian Bock, un joven problemático diagnosticado con el síndrome de Amok, una enfermedad mental que provoca una súbita y espontánea eclosión de rabia salvaje, que hace

que la persona afectada salga a la calle armada con



un cuchillo o un arma de fuego y ataque, hiera o mate indiscriminadamente a todas las personas que estén a su alcance.

Christian y Samantha llevaban meses comunicándose por cartas que fueron encontradas en la habitación de ella. En las cartas Christian manipulaba a Samantha, le decía que su madre sería un obstáculo en la relación y le pedía hacer algo al respecto. Samantha había escrito que ella se encargaría de hacerla entender. No hubo más cartas hasta la noche del 9 de septiembre. Samantha habría discutido con su madre por prohibirle ver a Christian. Los gritos de esa discusión fueron los que escuchó el señor Smith justo antes de la tragedia.

El hacha utilizada en el asesinato de Susan fue encontrada llena de sangre en el patio trasero. En los análisis, se descubrió que las huellas pertenecían a la menor, confirmando así la teoría de la policía: Samantha asesinó a su madre y se fugó. Ahora la misión era encontrarla a toda costa para evitar que se repitiera el caso o que pasara algo peor.

El primer sitio al que fueron los agentes fue la dirección del remitente de las cartas, la casa de los señores Bock. Al llegar, notaron un hedor putrefacto que salía de la puerta principal. Los agentes tocaron pero nadie contestó, así que entraron por la fuerza. Lo que vieron fue una escena espeluznante: dos cuerpos repletos de gusanos en el comedor principal de la señora y el señor Bock. Por el estado de descomposición, era seguro que llevaban varios días muertos. Habían sido degollados con un cuchillo de picar pan.

Al subir al segundo piso, los agentes revisaron

cada habitación hasta que llegaron a la habitación principal. Al entrar se encontraron Christian sentado en un esquina del cuarto. Estaba sonriente y parecía orgulloso de lo que había hecho, pero no había ni rastro de Samantha.

La policía interrogó a Christian en busca de alguna pista sobre el paradero de Samantha pero no pudieron sacarle nada, solamente repetía una frase de Shakespeare: "El amor, como ciego que es, impide a los amantes ver las divertidas tonterías que cometen". Después del juicio, Christian fue condenado a pena de muerte por asesinato múltiple premeditado.

La desaparición de Samanta fue todo un misterio. Nunca más se supo de ella, así que se cerró el caso en su contra. Se escuchaban rumores que había escapado a Francia o que habría muerto a causa de su enfermedad, pero todo seguía siendo un misterio.

«El asesinato no se trata de lujuria y no se trata de violencia. Se trata de posesión. Cuando sientes el último aliento de vida que sale de la mujer, te fijas en sus ojos. En algún punto, es ser Dios.»

Ted Bundy.



## Plumaje Precario

#### Juan Camilo Pérez Martínez

I. E Luis Carlos López Cartagena

Mi muier. Irene, tenía 28 años. Era totalmente superficial, tenía la tendencia de anhelar cosas que estaban más allá de sus límites económicos v de los míos. Yo tenía 40 años y trabajaba en una oficina de muebles por un salario miserable. El poco dinero que ganaba alcanzaba para satisfacer necesidades básicas y uno que otro pequeño lujo como whiskey, vino, cigarrillos y cerveza. Vivíamos en un departamento modesto con muebles rústicos que compraba Irene, que compartíamos con un perro que recogimos de la calle y un loro extravagante de ojos azules y plumaje colorido que tenía el pico algo filoso y ligeramente curvado a la derecha. Su nombre era Pícaro v era el preferido de Irene, una de sus tías se lo había regalado hace un año y desde entonces hacía parte de su patrimonio codicioso y caótico de desórdenes mentales. Yo solo tenía algunas imitaciones de cuadros de pintores de renombre.

Irene debía visitar periódicamente al psiquiatra por su adicción al alcohol y las drogas. Durante un tiempo entró en un programa de rehabilitación y desde entonces parecía más lúcida. Aun así, seguía sufriendo de ansiedad y, algunas veces, se comportaba de manera extraña. Yo, en cambio, era un sujeto tranquilo. Lo que más me gustaba era fumar cigarrillos en la sala mientras escuchaba música clásica. En ocasiones, después del trabajo, escuchaba en la radio historias de asesinatos y violaciones. Irene me hacía ademanes de manera desdeñosa o a veces era indiferente.

Su actitud me hacía pensar que no me quería, pero sus ojos me decían otra cosa. No sé si era yo el que me consideraba poca cosa o si era ese gesto de ella que me hacía sentir insuficiente para merecerla. Algunas veces la veía sonreír, la veía tan tierna que entonces no me cabía duda de que ella era una buena mujer. En nuestra relación el sexo lo era todo, los besos lo eran todo, su mirada lo era todo, sus abrazos candentes de pasión lo eran todo. Estaba loca de verdad. Y yo estaba locamente enamorado de ella.

La esquizofrenia de Irene le dio un espacio muy amplio al loro. Pasaba todo el día subido en una especie de columpio, hecho con una base de madera de roble y sostenido en sus extremos por cadenas. Irene lo consentía mucho, le dedicaba horas. —Eres mi animal favorito —me decía mientras acariciaba al loro. Yo la miraba perplejo. —Ya es hora —repetía el loro. Decía aquello insistentemente cuando Irene y yo conversábamos. Aquella frase repetida con insistencia encerraba algo escalofriante y enigmático. Un día llegué del trabajo a las 4:45 de la tarde. Irene no estaba. Me senté en la sala y fumé un cigarrillo. No tardé en aburrirme, así que deambulé por la sala, los cuartos y el baño. Vi el loro en su columpio,